

## 24° Capítulo del Abad General OCist para el CFM – 21.09.2013

“...en la Obra de Dios, en el oratorio, en el monasterio, en el huerto, por el camino, en el campo...” (RB 7,63)

El campo, la campaña, simboliza el trabajo productivo, con el fin esencial del mantenimiento y la subsistencia del monasterio. El trabajo en los campos es el trabajo para ganar el pan cotidiano, económicamente remunerado, que permite a la comunidad vivir. San Benito, en esta lista de los círculos de irradiación del monje humilde, ha colocado el campo después de haber mencionado el camino, evidentemente, porque los campos están fuera de la clausura del monasterio y, en ocasiones, bien lejos de él.

El campo en la Regla, como en el Evangelio, es la propiedad en la que se siembra y se recoge, donde, a veces, el trabajo es duro, tanto es así, que en el capítulo 41, en el que san Benito establece la hora de las comidas y la duración del ayuno, el trabajo de los campos es un motivo de indulgencia: “Si hay trabajo en los campos (*operis in agris*), o el calor del estío es excesivo, se mantenga la comida a la hora sexta” (RB 41,4).

San Benito hace una mención importante al trabajo en los campos en el capítulo 48, sobre el trabajo manual cotidiano. También aquí se subraya la dureza de este trabajo “Si las circunstancias del lugar o la pobreza exigen que ellos mismos tengan que trabajar en la recolección, que no se disgusten, porque precisamente así son verdaderos monjes cuando viven del trabajo de sus propias manos, como nuestros Padres y los apóstoles” (RB 48,7-8).

No hay que olvidar que Benito escribe en una cultura romana, aunque decadente, en la que estos trabajos eran tarea de esclavos. Sabe que sus monjes provienen, en su mayoría, de esta cultura. Por esto, ayuda a sus monjes a dar un salto de conciencia y de costumbres refiriéndose a la primera tradición monástica, la de los padres del desierto de Egipto, y antes se refiere a los Apóstoles, por lo tanto, al modo judío y evangélico de concebir y vivir la vida. Basta pensar en todas las referencias de Jesús al trabajo de los campos, a la siembra, a la cosecha, a la cultura de la viña, para no hablar de las referencias al pastoreo y a la pesca, para comprender cómo ha penetrado en la cultura greco-romana, a través de los apóstoles y los primeros monjes del desierto egipcio, una concepción mucho más positiva del trabajo manual.

La dureza del trabajo de los campos a la que hace referencia la Regla es también la dureza que caracteriza el trabajo humano después del pecado original, cuando Adán y Eva han tenido que dejar el Edén. En efecto, Dios dice a Adán: “Maldito sea el suelo por tu culpa. Con fatiga sacarás de él tu alimento todos los días de tu vida. Él te producirá cardos y espinas, y comerás la hierba del campo. Ganarás el pan con el sudor de tu frente, hasta que vuelvas a la tierra, de donde fuiste sacado. ¡Porque eres polvo y al polvo volverás!” (Gén 3,17-19)

Así, podemos intuir que si el trabajo en el jardín del monasterio vuelve a considerar el trabajo como algo ideal antes del pecado original, el trabajo de los campos nos recuerda la condición del trabajo humano después del pecado. Así, “el camino” que el monje humilde recorre entre el jardín y el campo, nos recuerda un poco el camino que sale del paraíso para vivir la condición humana después de la caída de Adán y Eva.

Este espacio del “campo”, que en cierto sentido ha nacido con la maldición de Adán, en la historia de la humanidad ha sido a menudo el lugar no solo del cansancio, sino también del pecado del hombre. Baste pensar que precisamente “mientras estaban en el campo, Caín alzó la mano contra su hermano Abél y lo mató” (Gén 4,8). En la Biblia encontramos también enemistades y luchas, y homicidios, provocados por la concupiscencia de un campo como cuando el rey Ajab ordena matar a Nabot para apropiarse de su viña (1 Re 21). Hay toda una historia macabra de los campos que culmina en la adquisición, por parte de los jefes de los sacerdotes, del “campo del alfarero” con las treinta monedas de la traición de Judas, para enterrar a los extranjeros, así, este campo se llamó después “campo de la sangre” (cfr. Mt 27,6-10).

Pero la Regla nos quiere educar en el vivir la relación con el “campo” como Cristo lo ha redimido, así como el Evangelio nos enseña a vivirla, por lo tanto, no como “campo de batalla”, o como “campo de la sangre”, en el que se expresa solo el deseo de poder y de posesión, sino como el campo de Dios, en el que el Padre nos manda trabajar, no para castigarnos, sino porque quiere hacernos partícipes de su obra.

Después que el joven rico rechazó seguirle, Jesús promete a sus discípulos: “Y todo aquel que haya dejado casas, hermanos, hermanas, padre, madre, hijos o campos por mi nombre, recibirá el ciento por uno y heredará la vida eterna” (Mt 19,29). Los “campos” son las propiedades o las profesiones en las que cada uno de nosotros trabaja y de las que aporta su riqueza, su patrimonio. Quien las deja para seguir a Cristo, las encuentra al ciento por uno, pero un ciento por uno que no le pertenece, que pertenece al Padre y que recibe del Padre. Los ámbitos de trabajo, de responsabilidad, de ejercicio de nuestros talentos, en los que se nos pide trabajar en comunidad, son estos nuevos “campos”, en los que Dios nos llama a realizarnos nosotros mismos dando la vida por Cristo. Esto implica que no somos nosotros los que decidimos en qué campos trabajar y tampoco cómo trabajarlos. Quien vive una tarea o una responsabilidad en la comunidad como si fuese algo suya, su reino, traiciona la vocación de dejar todo por seguir a Cristo, y con el tiempo transforma el campo de Dios en un campo privado y, frecuentemente, en un campo de batalla contra los demás. Inevitablemente, pierde la experiencia del ciento por uno, y quizá también la vida eterna. Lo que debería ser un ciento por uno dado y recibido de Dios, lo reducimos a una unidad, que después nos parece mucho menos preciosa que aquel “campo” que hemos dejado un día para seguir al Señor.

San Benito lo recuerda cuando habla de los hermanos que saben ejercer un arte: “Si hay artesanos en el monasterio, que trabajen en su oficio con toda humildad, si el abad se lo permite. Pero el que se envanezca de su habilidad por creer que aporta alguna utilidad al monasterio, sea privado del ejercicio de su trabajo y no vuelva a realizarlo, a no ser que, después de haberse humillado, se lo ordene el abad” (RB 57,1-3).

El arte que sabemos ejercitar, la formación que hemos recibido, los talentos que tenemos: todo esto son “campos” de la obra humana que hemos dejado para seguir a Cristo. Para ejercitarlos en el monasterio es necesario que volvamos a ellos con humildad y obediencia, porque estos campos ya no son nuestros, ni para nosotros. Ahora se nos entregan y piden como campos de Dios a los que somos enviados a trabajar. Si no perdemos esta conciencia de que el campo es de Dios, tendremos la experiencia del ciento por uno del valor y la belleza incluso de nuestros talentos naturales.

Pero también aquí somos educados para esta relación libre y fecunda con las cosas y con el trabajo solo si la obra humana que realizamos la vivimos como campo de la obra de Dios. Y aquí volvemos a nuestro monje humilde del 12º grado de humildad que, enviado a trabajar en los campos, va a ellos sin perder la conciencia de la obra de Dios educada por la celebración del Oficio.

Hay una expresión muy significativa sobre lo que significa esto en el capítulo 50 de la Regla, que ya señalé al comienzo del Curso. Es el capítulo que trata de los hermanos que trabajan lejos del oratorio y que están en viaje, especialmente los hermanos que trabajan en los campos lejos del monasterio. Dice: “Los hermanos que trabajan muy lejos y no pueden acudir al oratorio a las horas debidas, (...) celebren el oficio divino en el mismo lugar donde trabajan, arrodillándose con todo respeto delante de Dios” (RB 50,1-3).

La expresión en latín es muy significativa: “*agant ibidem Opus Dei ubi operantur* – hagan la obra de Dios allí donde trabajan” (50,3). San Benito pide dejar penetrar la obra de Dios en la obra del hombre, abrir el espacio y el lugar de nuestra obra a Dios que obra. Es como si coincidiesen, se fundiesen, la obra de Dios y la obra del hombre, de este modo, la obra del hombre se convierte en expresión e instrumento de la obra de Dios. Esta es la verdadera irradiación de la obra de Dios, de la oración común, que se nos pide y es dada en cada ámbito de la vida y del trabajo, y que la humildad de arrodillarse, para reconocer la presencia de Dios aquí y ahora en nuestra vida, hace posible. Incluso el duro trabajo del campo, incluso el cansancio que no amamos instintivamente, el cansancio del trabajo que fue la maldición de Adán, pueden de este modo llegar a ser el lugar sagrado en el que Dios obra y, en Cristo, “hace nuevas todas las cosas” (cfr. Ap 21,5).

*Fr. Mauro-Giuseppe Lepori OCist*